

CAPITULO VIII.

Carencia de diversiones públicas y privadas. — Iglesias y Capillas. — Influxo del Clero. — Una Resurreccion.



No he visto jamas sociedad mas desprovista de toda especie de distraccion que la sociedad de Los-Cincinnati. La lei prohíbe el juego de billar; lei prohíbe los naipes : vender una baraja en el estado de Ohio es un delito que somete al que la vende á una multa de cincuenta pesos. Allí no hai mas bailes públicos que los seis de las fiestas de Navidad ; allí no hai conciertos ; allí no hai banquetes ; allí no hai diversion alguna.

El único entretenimiento público de aquella tristísima poblacion es un teatrillo á que muestran mui poca aficion y en donde, sea por economía sea por falta de gusto, apenas se encuentra alguno que otro concurrente. Las señoras con especialidad rara vez van á él, y la mayor parte de las mugeres mira como un pecado contra la religion asistir á la represen-

tacion de una comedia. Para ver á las damas de Cincinnati es menester ir á las iglesias y capillas, puntos de reunion donde se presentan todas de gran gala ; y estoi por creer que un extranjero recién llegado de Europa pensaria á primera vista que los templos y lugares del culto eran los teatros y cafés de la ciudad. No pasa noche de la semana que no lleve á las capillas y casas de congregacion bandadas de jóvenes mui lindas, vestidas con esmero y á veces con grande coquetería, que allí es donde se ostenta el lujo y donde cada cual aspira á señalarse como la mas petimetra. El número de los hombres que concurren á estas asambleas nocturnas es cortísimo en comparacion del de las mugeres, pero, como puede conjeturarse, todo ese aparato de cintas y ese acicalamiento de peinados se explican naturalmente con la presencia de algunos cuantos mozalvetes empleados de almacenes ó escritorios tan peripuestos y soplados. A la verdad, si no fuese por las iglesias y capillas, me parece que se podría hacer una hoguera con los mejores sombreros, pues yo no he visto que sirvan en otra ocasion.

Las mugeres estan siempre demasiado ocupadas en las faenas domésticas para hacer ni recibir las visitas de mañana en trage de etiqueta. No hai tampoco paseos ni tiendas de

parada á donde puedan ir á lucir ; de suerte que sin las reuniones de la religion y las de los tés particulares, todas las señoras de Cincinnati correrian riesgo de convertirse en perfectas reclusas.

La influencia que los ministros de todas las sectas religiosas del Norte de América (que son innumerables) ejercen sobre las mugeres de sus congregaciones respectivas, se acerca mucho á la que leemos que ejercen sobre las de los países de la comunión romana los sacerdotes católicos. Para un influjo tan singular hai infinitas causas. En primer lugar, en toda nacion en que los ricos afectan reconocer la igualdad de condiciones cuando los pobres las reclaman á gritos, solamente el clero obtiene distinciones y preeminencias : nada podria darles mas alta importancia á los ojos de las damas. En segundo lugar yo creo que las de aquel país no reciben sino de los individuos del clero las atenciones y obsequios que tanto halagan á todas las mugeres de cualquiera parte del mundo que sean. Asi pues, en cambio de los miramientos que en Europa guardan al débil sexô todos los estados y clases de la sociedad, exceptuando quizas el mas bajo, y que en América solo tienen con ellas los ministros del culto, las Americanas les entregan sus corazones y sus almas. No sé que

éxista otro país donde la religion domine tanto á las mugeres y tan poco á los hombres.

No quiero decir por eso que no haya encontrado con hombres de sentimientos sinceramente religiosos, ó con mugeres faltas de toda religion ; hablo de la gran mayoría de los habitantes que he podido observar y estoy convencida de que no me equivoco en mi asercion.

Pocos meses despues de nuestra llegada á Cincinnati nos inspiró la mas viva curiosidad el oír hablar de « la resurreccion » por toda la ciudad. « La resurreccion será completa. » — « Estaremos ocupados constantemente, mientras dure la resurreccion » — Eran las frases que se repetian sin cesar por todas partes, y que nosotros oiamos mucho tiempo sin saber lo que querian decir. Al cabo supe que la iglesia *unitaria* de América necesitaba hacer esfuerzos de cuando en cuando para levantarse á mayor perfeccion y cobrar mas vida y energia. Entonces recorren el país los ministros mas entusiastas de todas las sectas, y entran en las ciudades y rancherías á bandadas de veinte y aun de ciento, segun lo permite la comodidad de los pueblos, permaneciendo en cada uno á proporcion de lo crecido del vecindario de una semana hasta un mes. Los nuevos apóstoles predicán y oran durante el

dia y á menudo gran parte de la noche en los diferentes santuarios y templos de la poblacion. He aquí lo que llaman *a Revival* (una resurreccion).

Yo trabajé con abinco por adquirir noticias sobre este punto, mas tales son las que pude recoger que temo la nota de exâgeracion al escribirlas; lo único que está en mi mano es el evitar con la mayor precaucion el merecerla. El asunto es altamente interesante y seria una falta de no ligera trascendencia tratar de él superficialmente.

Los eclesiásticos ambulantes que desempeñan ese ministerio son de todas las creencias, me parece, menos episcopales, católicos, unitarios y cuáqueros. Hai presbiterianos de todas especies. baptistas de no sé cuantas variedades, metodistas de mas denominaciones que yo puedo recordar: se necesitaria mucho tiempo para explicar los visos innumerables de tan multiplicados ritos, y mucho mas para comprenderlos. Entran en todas las ciudades, villas y lugares de la Union; no he llegado á saber con la certeza suficiente el intervalo que en general separa sus visitas: se alojan de ordinario en las casas de sus respectivos feligreses, y las noches que no pasan en las iglesias ó casas de congregacion se juntan en particular y tienen lo que otros llamarian tertulias, me-

riendas, cenas y diversiones, mas que ellos designan como reuniones piadosas para rezar y contemplar. Entre la oracion y la contemplacion vienen los buenos bocados, los sendos tragos, el canto, las confesiones y la conversion de algunos pecadores, ó por mejor decir, pecadoras. Aunque no me han invitado á esas reuniones y por consiguiente nada sé de ellas sino lo que he oido, creo que debo dar crédito á la persona que las ha visto y que me ha contado lo que yo refiero; y á la verdad con que sea cierta la mitad de lo que me han dicho, basta para conocer que las tales reuniones domésticas de egercicios piadosos no son el rasgo menos curioso ni menos importante del retablo.

No es posible contener la risa al descubrir la semejanza vivísima que hai entre los sentimientos de una señora presbiteriana ó metodista de las de ardiente celo que tiene la fortuna de asegurar para su reunion á un *itinerante* y los de una dama de las de calzas azules de Londres (*) tan feliz como aquella junto á un poeta favorito. No tiene duda, todas las mugeres del mundo nos damos cierto aire de familia.

La reunion se solemniza en las mejores sa-

(*) Así llaman en Inglaterra á las que afectan ocuparse exclusivamente de ciencias ó bella literatura y cuya pedantería es tan ridícula como la de nuestras doctoras ó marisabidillas.

las con los trages mas elegantes, con los manjares y refrescos mas exquisitos. Mientras se van juntando, se pasa el tiempo en cuchichear con los convidados que llegan. Llámanse hermanos y hermanas y su acogida mutua es efectuosísima. Cuando está la sala llena, los individuos de la reunion, que por la mayor parte se compone de mugeres, se invitan, se ruegan, se hacen salamerías para que cada cual confiese ante sus hermanos y hermanas sus pensamientos, sus faltas y locuras.

Las escenas de confesion son verdaderamente extrañas : quanto mas confiesa el penitente, tanto mas lo animan, tanto mas lo acarician. Acabada la penitencia, se arrodillan y el *itinerante* hace una oracion *ex tempore*. En seguida comen y beben, y luego cantan himnos, oran, exhortan, vuelven á cantar y orar, hasta que toca la excitacion en un punto verdaderamente subido. Esas escenas no se representan en una que otra casa ni alguna que otra noche, durante la resurreccion, sino en muchas casas al mismo tiempo, porque los templos y capillas no son bastantes para la mitad de los *itinerantes*; aunque no se cierran de dia ni hasta mui tarde por la noche y aunque los ministros que offician se apoderan unos despues de otros de todas las iglesias y casas de congregacion.

Yo fui dos veces testigo en una de las iglesias principales de los presbiterianos de escenas que me estremecieron. En la descripcion de la una daré la de las dos y aun la de todas, porque en realidad no son mas que la repeticion constante de una misma cosa.

Era en medio del verano, y el oficio á que nos recomendaron asistir, empezó despues de oscurecido. La iglesia estaba bien iluminada y tan llena que casi no se podia respirar. Al entrar vimos tres ministros uno junto á otro embutidos en una especie de tribuna, colocada donde comunmente está el altar, magníficamente adornada con colgaduras carmesíes y elevada casi á la altura de nuestros púlpitos. Nosotras tomamos nuestros asientos en un banco inmediato á la baranda que la cercaba.

El clérigo de en medio estaba orando; su oracion fué vehemente hasta la extravagancia, con ribetes de grosera en lo bajo de la expresion : siguió un cántico y al cántico mudanza de lugar y personajes : otro ministro ocupó el centro de la tribuna y predicó. La elocuencia del sermon, que no dejó de abundar de ella, fué del género horrible. El predicador describió con una espantosa minuciosidad los últimos congojosos instantes de la vida humana, y los progresos de la corrupcion que

descomponen los cuerpos, sin olvidar el mas leve pormenor hasta concluir en el período asqueroso de la disolucion del cadáver. Mudando repentinamente su tono, que habia sido el de la descripcion sobria y exacta en el grito penetrante del horror, sacó la cabeza, como si debajo del púlpito hubiera visto alguna vision tremenda, y como Rebeca daba cuenta á Ivanhoe de lo que veia por la ventana del castillo, asi nos enteraba el predicador de lo que descubria allá en el abismo que parecia abrirse á sus ojos. El gesto fué ciertamente feliz y debia contribuir á realzar lo terrible de la pintura del infierno. No omitió imágen de las que pueden sugerir el fuego, la llama, el azufre, el plomo derretido y las tenazas hechas ascuas, con el complemento necesario de la carne que chirría, los nervios que palpitan, los tendones que se retuercen. La cara del venerable apóstol era una fuente de sudor; los ojos se le saltaban del casco, revolviéndose como los de un epiléptico; tenia los labios cubiertos de espuma, en una palabra todas sus facciones expresaban el horror profundo que habria experimentado, si en realidad hubiese estado viendo la escena que nos describia. Sin disputa desempeñaba su papel maravillosamente. Por último echó una mirada lánguida sobre sus dos

auxiliares, para indicarles su fatiga y extenuacion, y dejóse caer en su asiento enjugándose las gotas de agonía que inundaban su frente.

Levantáronse los otros dos ministros y entonaron un himno. Pasó algun tiempo sin que la congregacion los acompañara como de ordinario; todo el mundo estaba horrorizado y temblando, viéndose en la palidez de los semblantes la angustia que oprimia sus corazones. Al acabarse el canto, ocupó otro ministro el centro y dirigiendo al auditorio la palabra con un tono afectuoso y halagüeño, preguntó: si lo que su caro hermano les habia dicho, les habia llegado al alma, y si querian librarse del infierno que les habia hecho ver. « ¡ Venid pues! continuó tendiendo los brazos á la congregacion, « venid á nosotros y decidnos: sí, y nosotros os haremos ver á Jesus, al dulce y amoroso « Jesus que os libertará de ese lugar de tormentos. ¡ Pero habeis de venir á él! ¡ No os « habeis de avergonzar de venir á él! Esta noche le habeis de decir que no os avergonzais « de él; nosotros os abriremos el camino; nosotros os franquearemos el banco de la penitencia para que se sienten en él los pecadores « arrepentidos. ¡ Venid pues! ¡ Venid al banco « de las congojas, y os mostraremos á Jesus! « Venid! Venid! Venid! »

Mientras cantaban otro himno, uno de los

tres fué haciendo desocupar uno ó dos escaños que estaban al traves de la baranda, enviando la gente á la parte inferior de la iglesia. Cesó el canto y de nuevo invitaron á los fieles, exhortándolos á no avergonzarse de Jesus, y á ponerse en « los bancos de las congojas » y reclinar las cabezas sobre su seno. « Vamos á cantar, dijo por última vez; para daros tiempo. » Y en efecto volvieron á entonar un himno.

No tardó en percibirse un movimiento general en la iglesia, que comenzando con lentitud fué aumentándose por grados. Las jóvenes se levantaban, se sentaban y volvian á levantarse: al cabose abrieron algunos claros, y varias de ellas salieron vacilando, las manos enlazadas, las cabezas sobre el pecho y temblándoles todos sus miembros, y el canto no paraba; mas conforme se iban acercando las pobrecitas á la baranda, se oian sus gemidos y sollozos. Se sentaron en « los bancos de las congojas; » el himno cesó, y dos de los tres ministros bajaron de la tribuna, y tomando uno á la derecha y otro á la izquierda, empezaron á hablar al oido á las infelices que temblaban mas y mas. Para nosotras fué un secreto lo que les decian; lo que no se nos ocultaba era el triste exceso de los suspiros y los llantos. Aquellas tiernas é inocentes cria-

turas, con los rostros pálidos y descompuestos, caian de rodillas y se postraban con la cabeza en el suelo; seguíanse los mas violentos gritos y alaridos, en medio de los cuales se oía de cuando en cuando una voz convulsiva que exclamaba: « ¡Oh señor! » « ¡Oh señor Jesus! » « ¡ Ampárame, Jesus! » y cosas semejantes.

Los dos ministros continuaban su paseo entre ellas; con frecuencia subian en los bancos, y anunciaban á todo el concurso « las nuevas de salvacion; » y entonces se levantaban como ecos en todos los ángulos del templo gritos breves y agudos de « Amen! » « Gloria! » « Amen! » mientras las postradas penitentas recibian consuelos misteriosos y de cuando en cuando alguna caricia mística. Mas de una vez ví yo que al cuello de las jóvenes bonitas servia de collar algo ajustado el brazo de los reverendos. Muchas eran atacadas de histérico y de convulsiones, y cuando el tumulto llegaba á su colmo, el ministro del púlpito soltaba toda su voz con un himno para dominarlo.

Era horrible el contemplar á aquellas criaturas en la mañana alegre de la vida tan afligidas, tan aterradas, y convertidas para siempre en víctimas flacas y enfermizas. Una muchacha que segun las apariencias no podia pasar de catorce años, se apoyaba en el brazo de otra algo mayor; su rostro parecia el

de una muerta; sus ojos estaban desencajados y en un estado completo de estupor; una traspiracion glutinosa cubria sus mejillas y pecho; reunia todas las señales del idiotismo. Vi á un ministro aproximarse á ella, miró su mano delicada, dijo: « ¡Jesus es con ella! ¡Bendito sea el Señor! » y pasó adelante.

Si los Americanos del Norte estimaran á las mugeres, como los hombres deben estimar á sus esposas y á sus hijas, ¿permitirian semejantes escenas?

Apenas es menester decir que no fueron sino mugeres á sentarse en « los bancos de las congojas, » y por la mayor parte mui jóvenes. La congregacion se componia en general de personas perfectamente puestas, y entre ellas las señoras mas elegantes y de mejor *tono* de la ciudad: durante la resurreccion las iglesias eran todos los dias el teatro del lujo y de la elegancia.

Asi se divierten las damas de Los-Cincinatos: ir á la comedia está prohibido; jugar á las cartas es contra la lei; y como trabajan y se afanan en sus casas, fuerza es que tengan alguna recreacion. Por mi parte confieso que la mas grosera farsa me parece que seria una representacion menos detestable y perjudicial para la juventud y la inocencia que esas ridiculas pantomimas.

CAPITULO IX.

Escuelas.—Clima.—Zandfas.—Dia 4 de julio.—Tormentas.
—Puercos.—Casas movibles.—Mr. Flint.—Literatura.



Cincinatos contiene muchas escuelas; mas yo no he tenido oportunidad de conocerlas bien, para juzgar de su mérito y calcular el rango que deben ocupar, pues solo visité la del doctor Lock, persona que parece tener opiniones liberales y grandes sobre la educacion de las mugeres. Si su sistema produce los resultados excelentes que ofrece en la teórica, las damas de aquella ciudad probablemente serán dentro de pocos años aventajadísimas en las ciencias de sociedad. Tambien asistí al exámen público de las discípulas de su escuela, y noté con sorpresa que las ramas del saber mas elevadas no habian sido excluidas de los estudios de aquellas lindas criaturas. Una joven interesantísima de diez y seis años *se graduó* en matemáticas, y otra pasó su exámen de filosofía